



Las cruces de Añora, únicas en el mundo

por Antonio Merino Madrid,
Cronista oficial de Añora

La fiesta de la Cruz de mayo constituye sin duda una de las señas de identidad más relevantes de la cultura tradicional de Añora en la actualidad. A pesar de tratarse de una celebración extendida por muchos otros lugares de España y de todo el mundo, la fiesta de la Cruz ha adquirido en nuestro pueblo una especial configuración que la individualiza frente a los modelos seguidos en otras localidades, de modo que su singularidad la convierte en una celebración única, diferente a todas las demás.

En su origen, la fiesta de la Cruz en Añora participaba de los elementos genéricos de esta tradición en otros lugares. A partir de la cristianización de antiguos ritos paganos de adoración al árbol y exaltación de la naturaleza en su esplendor, la fiesta popular conservó sus componentes naturalistas a través de los elementos vegetales con que se adornaban las propias cruces: macetas de flores, ramas de árboles, plantas aromáticas (poleo, manzanilla, romero...). Sin embargo, en los últimos treinta años el modo de adornar las cruces en Añora y la configuración externa de la fiesta han sufrido una transformación tan radical que la aleja de los demás pueblos y le confiere una singularidad especial que fue reconocida hace unos años con su declaración como Fiesta de Interés Turístico de Andalucía.

Como decimos, la tradición de la cruz de mayo está extendida por toda la geografía española. En la propia comarca de Los Pedroches, durante los últimos años ha renacido su celebración en pueblos como Pozoblanco, Villanueva de Córdoba, El Viso o Belalcázar. En Andalucía, conocemos las majestuosas celebraciones en las capitales de Córdoba y Granada, con esas grandes cruces monumentales forradas de flores naturales a cuyo alrededor se celebran verbenas populares. También conserva un profundo arraigo la fiesta de la Cruz en muchos pueblos de Castilla-La Mancha y Extremadura, así como en otros puntos de la Península y, por supuesto, de las Islas Canarias (como en el caso de Breña Alta, localidad palmera hermanada con Añora a partir de la celebración común de esta fiesta).

La mayoría de estos lugares, con sus peculiaridades autóctonas, conservan un modo de vestir las cruces muy parecido a como lo era en Añora hace tres décadas, aunque en su formulación han desarrollado elementos distintivos muy acentuados. Entre ellas habría que destacar las fiestas de la Santa Cruz de Feria (Badajoz), declaradas de Interés Turístico Nacional, donde cuentan con una hermandad encargada de organizar la celebración. En Piedrabuena (Ciudad Real) distinguen entre "cruces de brezo", ornamentadas básicamente con elementos naturales, y "cruces de tela", donde predominan los adornos confeccionados a mano. Las fiestas de la Cruz de Alosno (Huelva) y ►

◀ Lebrija (Sevilla) destacan por su estética flamenca y por el protagonismo que adquiere en ellas el cante y el baile por sevillanas.

Muy interesante desde el punto de vista etnológico resulta la celebración de la fiesta de la Cruz en Hispanoamérica, puesto que allí se ha producido una fusión entre los elementos religiosos de la fiesta llevados por los conquistadores españoles y componentes propios procedentes de celebraciones indígenas preexistentes. Así, por ejemplo, en la región peruana de Tacna sus fiestas son resultado del sincretismo entre la religión católica y la cultura aymara: la costumbre local de subir a los cerros para adorar a los dioses de la montaña denominados “apus” se fusionó con el culto cristiano cuando la Iglesia mandó colocar cruces en los lugares más elevados. Una semana antes del 3 de mayo se bajan todas las cruces de las montañas (unas trescientas) para cumplir los ritos de celebración en las casas de los miembros de las hermandades y reunir las luego todas en la catedral de Tacna.

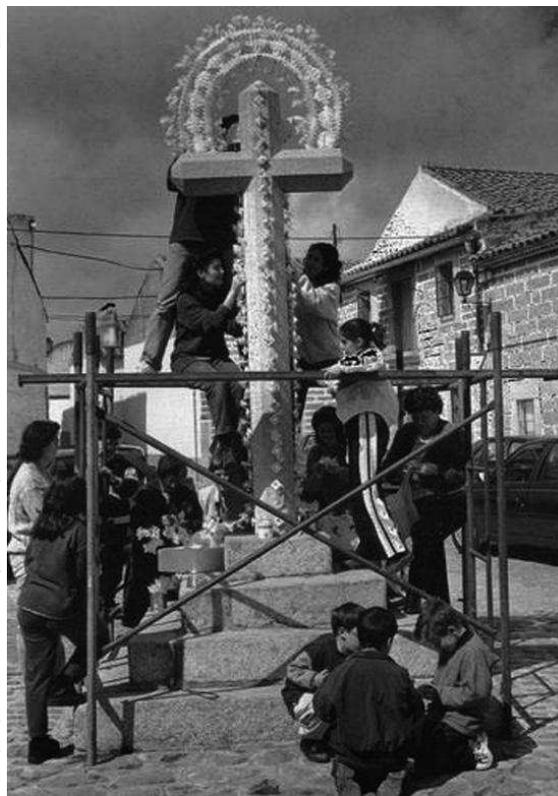
En El Salvador existe la costumbre de adornar con guirnaldas de flores, banderines de colores y frutas frescas una cruz realizada con troncos de jiote, un árbol cuya corteza se descascara como si mudara de piel. Algunos antropólogos han querido ver en este rito una supervivencia del culto a la deidad azteca de la fertilidad Xipe Totec, que exigía matar y desollar a un esclavo para cubrir con su piel la imagen del dios, al igual que la naturaleza se reviste con un nuevo manto en primavera. Por influencia de la Iglesia católica, esta costumbre bárbara se habría transformado en revestir la cruz con flores y frutos, como si de una nueva piel se tratara, simbolizando así también la renovación de la vegetación.

En Paraguay la fiesta se denomina “Kurusú Ara” y en ella se han mezclado elementos de la cultura aborigen guaraní con símbolos cristianos. El rito consiste en adornar un árbol o una cruz con chipas (pequeños panes hechos con harina de mandioca), que al término de la celebración religiosa se reparten entre los presentes.

Todas estas celebraciones en lugares tan diversos proceden de un origen común, a partir de la voluntad de la Iglesia de eliminar viejas prácticas supersticiosas

de los pueblos transformándolas en culto a la cruz. La liturgia mandaba adornar cruces en casas o calles y venerarlas en conmemoración del hallazgo que, según la tradición, Santa Elena, madre del emperador Constantino, realizó de la verdadera cruz de Cristo. A partir de ahí, cada lugar desarrolló la fiesta popular de acuerdo con sus propias maneras de entender y respetar la cultura y la tradición, incorporando elementos propios y diferenciadores a la celebración común.

Así pues, lo que distingue a la fiesta de la Cruz de Añora es lo que la hace grande frente a tradiciones



semejantes en otros lugares y, por tanto, son esos valores los que hay que resaltar y preservar frente a modelos uniformadores que pueden poner en peligro su singularidad y, en consecuencia, su propia supervivencia como fiesta única. Y entre esos elementos que nos individualizan señalamos el antiguo folklore asociado a esta celebración (mayos, jotas, corros y letanías infantiles), la ausencia absoluta de ceremonial religioso, la gastronomía típica de las fechas (rosquillos de los tres pesos, hojuelas, borrachuelos, torta de fideos, brazo de gitano) y la generosa hospitalidad que se ofrece al visitante, los comportamientos rituales que rodean la creación (la rivalidad sana entre las cruceras, el secretismo que envuelve los preparativos) y, sobre todo, la majestuosidad desplegada en el arte de vestir las cruces, la colosal expresión

barroca de sus arquitecturas efímeras, que no pueden verse en ningún otro lugar, salvo aquí, en las cruces de Añora. Porque cualquiera que visite las cruces de los muchos lugares donde se visten en España, enseguida distinguirá las de Añora: por su explosión de luz, por la blancura hiriente de sus acabados, por la perfección de sus estructuras, por la minuciosidad en sus detalles, por la exclusividad de sus diseños, por el derroche estético de artesanía popular.

Participamos, por tanto, de una tradición común, pero nuestro modo de enfrentarnos a ella, con el aporte de nuestra propia personalidad, hace de la fiesta de la Cruz en Añora una tradición única, diferente a cuantas otras se celebran en otros lugares, porque así lo sentimos quienes nos hemos alimentado culturalmente con esta tradición y hemos querido que este ritual mágico se mantenga vivo a través de las generaciones.